



Pueblo de Dios que sale al encuentro

Día de la Acción Católica y del Apostolado Secular

Subsidio litúrgico
para el celebrante

Solemnidad de Pentecostés

Domingo, 24 de mayo de 2026



© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

RITOS INICIALES

CANTO DE ENTRADA

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada: Oh, Señor, envía tu Espíritu (CLN, 252) u otro canto apropiado. Si no hay canto de entrada, los fieles, o algunos de ellos, o un lector, recitarán la antifona de entrada (Sab 1, 7; o bien, cf. Rom 5, 5; 8, 11):

El Espíritu del Señor llenó la tierra y todo lo abarca, y conoce cada sonido. Aleluya.

O bien:

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que habita en nosotros. Aleluya.

SALUDO AL ALTAR Y AL PUEBLO CONGREGADO

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

R̄. Amén.

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo diciendo:

**El Dios de la vida,
que ha resucitado a Jesucristo
rompiendo las ataduras de la muerte,
esté con todos vosotros.**

R̄. Y con tu espíritu.

MONICIÓN DE ENTRADA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición sobre el sentido de la jornada:

Hermanos y hermanas:

Celebramos hoy la solemnidad de Pentecostés, el nacimiento de la Iglesia, el día en que el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles y los impulsó a salir sin miedo a anunciar el Evangelio a todos los pueblos.

En este día la Iglesia en España celebra también el Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar. Bajo el lema «Pueblo de Dios que sale al encuentro», recordamos que todos los bautizados estamos llamados a vivir nuestra fe con valentía en medio del mundo.

El Espíritu Santo no nos encierra en nosotros mismos, sino que nos impulsa a salir al encuentro de los demás, especialmente de quienes más lo necesitan, llevando la luz del Evangelio a la vida cotidiana, a nuestras familias, trabajos y a la vida social.

Pidamos al Señor que renueve hoy en nosotros el don de su Espíritu para ser una Iglesia sinodal, misionera y comprometida con el bien común. Comencemos esta celebración con alegría.

RITO DE LA BENDICIÓN Y ASPERSIÓN DEL AGUA

El rito de la bendición y aspersion del agua bendita sustituye al acto penitencial.

El sacerdote, de pie en la sede, vuelto al pueblo, teniendo delante el recipiente con el agua que va a ser bendecida, invita al pueblo a orar con estas o similares palabras:

Hermanos y hermanas:

En este día de Pentecostés, en el que celebramos el don del Espíritu Santo derramado sobre la Iglesia, vamos a realizar el rito de la bendición y aspersion del agua.

Este gesto nos recuerda nuestro bautismo, por el que fuimos hechos hijos de Dios y enviados a vivir nuestra fe en medio del mundo.

Al ser rociados con esta agua bendita, pidamos al Señor que renueve en nosotros la gracia bautismal y nos haga un pueblo de Dios que sale al encuentro, testigos del Evangelio en nuestra vida cotidiana.

Después de un breve silencio, prosigue diciendo con las manos extendidas:

DIOS todopoderoso y eterno, que,
por medio del agua,
fuente de vida y medio de purificación,
quisiste limpiarnos del pecado
y darnos el don de la vida eterna,
dígnate bendecir ✠ esta agua,
para que sea signo de tu protección
en este día consagrado a ti, Señor.
Por medio de esta agua
renueva también en nosotros la fuente viva de tu gracia,
y líbranos de todo mal de alma y cuerpo,
para que nos acerquemos a ti con el corazón limpio
y recibamos dignamente tu salvación.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

Cuando las circunstancias locales o la costumbre del pueblo aconsejen conservar el rito de mezclar sal en el agua bendita, el sacerdote bendice la sal, diciendo:

**TE pedimos humildemente, Dios todopoderoso,
que te dignes bendecir ✠ esta sal,
del mismo modo que mandaste al profeta Eliseo
que la arrojase al agua para remediar su esterilidad.
Concédenos, Señor,
que allí donde se derrame esta mezcla de sal y agua
sea ahuyentado el poder del enemigo
y nos proteja siempre la presencia del Espíritu Santo.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

Y, en silencio, pone la sal en el agua.

A continuación, el sacerdote toma el hisopo, se rocía a sí mismo y a los ministros, después al clero y al pueblo, recorriendo la iglesia, si le parece oportuno.

Mientras tanto se canta un canto apropiado.

Terminado el canto, el sacerdote, de pie y de cara al pueblo, con las manos juntas, dice:

**Que Dios todopoderoso nos purifique del pecado
y, por la celebración de esta eucaristía,
nos haga dignos de participar
del banquete de su reino.**

R̄. Amén.

A continuación, se canta o se dice el himno Gloria (p. 8).

Si no se hace el rito de la aspersión y bendición del agua bendita, se hace el:

ACTO PENITENCIAL (TERCERA FÓRMULA)

El sacerdote invita a los fieles al arrepentimiento:

Hermanos y hermanas:

El Espíritu Santo nos llama a ser pueblo de Dios que sale al encuentro, testigos del Evangelio en medio del mundo. Reconociendo nuestras debilidades y nuestras resistencias a vivir plenamente nuestra vocación bautismal, pidamos humildemente perdón al Señor.

Se hace una breve pausa de silencio. Después, el sacerdote, u otro ministro, dice las siguientes invocaciones:

Señor Jesús, que nos envías tu Espíritu para renovar nuestros corazones y hacernos discípulos misioneros. Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Cristo Jesús, que nos llamas a vivir nuestra fe con valentía y coherencia en la vida pública y en la vida cotidiana. Cristo, ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

Señor Jesús, que nos invitas a salir al encuentro de los demás con misericordia, diálogo y espíritu de fraternidad. Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

El sacerdote concluye con la siguiente plegaria:

**Dios todopoderoso
tenga misericordia de nosotros,
perdone nuestros pecados
y nos lleve a la vida eterna.**

R. Amén.

HIMNO

A continuación, se canta (cf. CLN, cantos que van precedidos por la letra C) o se dice el himno.

Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único, Jesucristo; Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque solo tú eres Santo, solo tú Señor, solo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

ORACIÓN COLECTA

Acabado el himno, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos. Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

A. MISA DE LA VIGILIA

DIOS todopoderoso y eterno,
que has querido que el Misterio pascual
se actualizase bajo el signo sagrado de los cincuenta días,
haz que los pueblos dispersos en la diversidad de lenguas
se congreguen, por los dones del cielo,
en la única confesión de tu nombre.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo**

**en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

Rx. Amén.

O bien:

DIOS todopoderoso,
brille sobre nosotros el resplandor de tu gloria
y que tu luz fortalezca,
con la iluminación del Espíritu Santo,
los corazones de los renacidos por tu gracia.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

Rx. Amén.

B. MISA DEL DÍA

OH, Dios, que por el misterio de esta fiesta
santificas a toda tu Iglesia
en medio de los pueblos y de las naciones,
derrama los dones de tu Espíritu
sobre todos los confines de la tierra
y realiza ahora también, en el corazón de tus fieles,
aquellas maravillas que te dignaste hacer
en los comienzos de la predicación evangélica.

Junta las manos.

**Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.**

Rx. Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

MONICIÓN A LAS LECTURAS

La Palabra de Dios que hoy escucharemos nos sumerge en el misterio del Espíritu que hace nuevas todas las cosas.

En la primera lectura contemplaremos cómo el Espíritu desciende sobre los discípulos y los impulsa a anunciar con valentía las maravillas de Dios.

San Pablo nos recordará que ese mismo Espíritu actúa hoy en nosotros, concediendo diversidad de dones para el bien común.

Y en el Evangelio veremos a Jesús que sopla sobre sus discípulos y les entrega su Espíritu, enviándolos a continuar su misión.

Escuchemos cómo la fuerza de Dios rompe las barreras del miedo y nos impulsa a comunicar las maravillas del Señor en todas las lenguas, recordándonos que la sinodalidad es el modo de ser y actuar de una Iglesia que camina unida al encuentro del mundo.

NOTAS PARA LA HOMILÍA

— *Pentecostés: el Espíritu que envía*

Pentecostés no es solo el nacimiento de la Iglesia, sino también el inicio de su misión. El Espíritu Santo transforma a unos discípulos temerosos en testigos valientes que salen a anunciar el Evangelio.

El Espíritu siempre empuja hacia fuera, hacia la misión, hacia el encuentro con los demás. El Espíritu nos impulsa a derribar los muros que separan nuestra fe de nuestra vida cotidiana. Ser cristiano exige preguntarnos: *¿Para quién soy yo?*

— *Pueblo de Dios que sale al encuentro*

El lema de esta jornada recuerda que toda la Iglesia es un pueblo en camino, llamado a salir al encuentro del mundo.

La Iglesia no existe para sí misma, sino para evangelizar, para ser signo de esperanza y para anunciar la dignidad de toda persona.

— *La vocación y misión de los laicos*

Los obispos recuerdan que la presencia de los cristianos en la vida pública no es una tarea delegada por la jerarquía, sino un derecho y un deber que nace del bautismo.

Los laicos están llamados a vivir el Evangelio en los lugares donde se desarrolla la vida social: la familia, el trabajo, la política, la cultura, la educación, el compromiso social... Es allí donde la sinodalidad «se hace carne».

Desde allí contribuyen a construir una sociedad más justa, fraterna y solidaria.

— *La dimensión social del Evangelio*

El mensaje cristiano no puede quedarse en el ámbito privado. La fe tiene una dimensión social que impulsa a trabajar por: la dignidad de toda vida humana, la justicia y la paz, la defensa de los más pobres, el destino universal de los bienes, el cuidado de la creación.

Nuestra fe se verifica en el amor concreto a los demás. Estamos llamados a ser «levadura y pequeña semilla» que transforma el mundo.

— *La cultura del encuentro*

En una sociedad muchas veces marcada por la polarización y el enfrentamiento, el cristiano está llamado a promover el diálogo, la escucha y la construcción de puentes.

La sinodalidad nos invita a practicar la «conversación en el Espíritu», que busca comprender, escuchar y discernir juntos. Como nos anima el papa León XIV, debemos ser promotores de una paz desarmada y desarmante.

— *Testigos creíbles en la vida cotidiana*

Manifestar nuestra fe en la vida pública puede resultar difícil, pero es un signo de la autenticidad de nuestra fe.

El Evangelio se anuncia sobre todo con la vida: siendo personas más solidarias, misericordiosas, justas y fraternas.

— *El Espíritu nos precede*

Pentecostés nos recuerda que no estamos solos. El Espíritu Santo va siempre por delante, abriendo caminos en medio del mundo.

Pidamos hoy la gracia de ser Iglesia en salida, que camina por las calles del mundo llevando la luz del Evangelio.

PROFESIÓN DE FE

Puede introducirse con la siguiente monición.

Al recitar el Credo, proclamemos con gozo el Misterio pascual, que es el núcleo de nuestra fe.

Acabada la homilía se hace la profesión de fe.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo,

En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.

y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras, y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Amén.

En lugar del Símbolo Niceno-constantinopolitano, se puede emplear el Símbolo bautismal de la Iglesia de Roma, también llamado «de los Apóstoles».

Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,

En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.

que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso. Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna. Amén.

ORACIÓN UNIVERSAL

El sacerdote, con las manos juntas, invita a los fieles a orar diciendo:

Oremos al Señor, nuestro Dios, pidiendo que el Espíritu Santo siga guiando a su Iglesia.

Las intenciones son propuestas por un diácono o, en su defecto, por un lector u otra persona idónea.

1. Por la Iglesia, para que, fortalecida por el Espíritu, sea siempre una «Iglesia en salida» que anuncie la alegría del Evangelio y promueva la dignidad de toda persona. Roguemos al Señor.
2. Por el papa León XIV, los obispos y todos los pastores, para que acompañen y animen la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo. Roguemos al Señor.

3. Por los laicos y laicas, especialmente por quienes forman parte de la Acción Católica y de tantos movimientos y asociaciones, para que asuman con madurez su protagonismo en la vida pública, buscando siempre el bien común y la transformación de las estructuras sociales desde los valores del Reino. Roguemos al Señor.

4. Por quienes trabajan en la política, la economía, la educación y la vida social, para que el Espíritu les conceda sabiduría para trabajar por la paz, el cuidado de la Creación y la erradicación de la pobreza. Roguemos al Señor.

5. Por los que sufren la exclusión o la injusticia, para que encuentren en los cristiano cercanía, fraternidad y esperanza. Roguemos al Señor.

6. Por nuestras comunidades, para que, guiados por el Espíritu Santo, vivamos la sinodalidad y la cultura del encuentro como un estilo de vida. Roguemos al Señor.

(Pueden añadirse otras intenciones).

El sacerdote, con las manos extendidas, termina la plegaria común diciendo:

PADRE nuestro,
Pescucha nuestras súplicas
y concédenos la fuerza de tu Espíritu
para ser testigos del Evangelio.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

OFRENDAS (PAN, VINO, CONCHA BAPTISMAL Y VELA)

Junto con el pan y el vino presentamos hoy al Señor nuestra vida y nuestro compromiso como bautizados, simbolizados en

esta concha bautismal que nos recuerda el don de la fe recibida en el bautismo.

En esta vela encendida ofrecemos también nuestras familias, nuestro trabajo, nuestras responsabilidades en la sociedad y todo lo que vivimos cada día, con el deseo de ser luz en medio del mundo.

Que el Espíritu Santo transforme nuestra vida para que sepamos llevar la luz del Evangelio al corazón de la sociedad.

CANTO DE COMUNIÓN

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión: La alianza nueva (CLN, 253) u otro canto apropiado.

Después de distribuir la comunión, el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después, el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

A. MISA DE LA VIGILIA

**ESTOS dones que acabamos de recibir, Señor,
Enos sirvan de provecho,
para que nos inflame el mismo Espíritu
que infundiste de modo inefable en tus apóstoles.**

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén

B. MISA DEL DÍA

OH, Dios, que has comunicado a tu Iglesia
los bienes del cielo,
conserva la gracia que le has dado,
para que el don infuso del Espíritu Santo
sea siempre nuestra fuerza,
y el alimento espiritual
acrecente su fruto para la redención eterna.

Junta las manos.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

R̄. Amén.

ACCIÓN DE GRACIAS

Señor, te damos gracias por el don de tu Espíritu, que renueva la vida de tu Iglesia y nos impulsa a anunciar el Evangelio.

Gracias por la vocación laical, que nos permite encontrar tu rastro en las grietas de nuestra compleja sociedad y nos llama a ser testigos de esperanza y humanidad.

Gracias por tantos laicos y laicas que, en medio de la sociedad, trabajan por el bien común y por la dignidad de cada persona.

Gracias porque hoy nos recuerdas que no estamos solos en el mundo; somos «Pueblo de Dios» que camina por las calles aportando luz a los desafíos del hoy. Haznos un pueblo que camina unido, una Iglesia que escucha, dialoga y sale al encuentro de todos.

Que tu Espíritu nos convierta en instrumentos de paz, justicia y esperanza para nuestro mundo.

RITO DE CONCLUSIÓN

En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

BENDICIÓN SOLEMNE

El sacerdote, vuelto hacia el pueblo, extendiendo las manos, dice:

El Señor esté con vosotros.

Rx. Y con tu espíritu.

El diácono o, en su defecto, el mismo sacerdote, puede amonestar a los fieles con estas palabras u otras parecidas:

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, con las manos extendidas continúa diciendo:

**Dios, Padre de los astros,
que en el día de hoy iluminó las mentes de sus discípulos
derramando sobre ellas el Espíritu Santo,
os alegre con sus bendiciones
y os llene con los dones del Espíritu consolador.**

Rx. Amén.

**Que el mismo fuego divino,
que de manera admirable se posó sobre los apóstoles,
purifique vuestros corazones de todo pecado
y los ilumine con la efusión de su claridad.**

Rx. Amén.

**Y que el Espíritu que congregó en la confesión de una misma fe
a los que el pecado había dividido en diversidad de lenguas
os conceda el don de la perseverancia en esta misma fe,
y así podáis pasar de la esperanza a la plena visión.**

Rx. Amén.

**Y la bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo ✠, y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros y os acompañe siempre.**

Rx. Amén.

MONICIÓN DE DESPEDIDA

El sacerdote, el diácono u otro ministro idóneo, hace la siguiente monición:

Hermanos y hermanas:

La celebración de Pentecostés termina, pero la misión continúa. Salimos de este templo para entrar en el «corazón del mundo».

El Espíritu Santo que hoy hemos recibido nos envía a ser testigos del Evangelio en nuestra vida cotidiana. Vayamos a nuestros hogares, trabajos y lugares de ocio con el deseo de ser una Iglesia sinodal en salida, que no teme manifestar su fe y que busca, en cada gesto, hacer presente el amor de Dios para todos.

Como pueblo de Dios que sale al encuentro, estamos llamados a llevar la luz del Evangelio a todos los ambientes de la sociedad.

Vayamos en paz y que el Espíritu del Señor nos acompañe siempre.

DESPEDIDA

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo diciendo:

Anunciad a todos la alegría del Señor resucitado.

Podéis ir en paz, aleluya, aleluya.

Rx. Demos gracias a Dios, aleluya, aleluya.

Después, el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.



LIBROS
LITÚRGICOS
Conferencia Episcopal Española